

EXPUESTO

01 y 04 Marcel Dzama: detalles de "Untitled" y "Untitled", 2004
02 MP & MP Rosado: 'Limbo', 2004

03 y 05 Helena Almeida: 'Sense titol' y 'Sense titol', 2004



01

02

Dzama Dibujos, bestiaros... la primera exposición individual en España del canadiense coincide con otras dos interesantes muestras en el CASM

Jarabe de arce y revolución

CENTRE D'ART SANTA MÓNICA DE BARCELONA (CASM)

Marcel Dzama
The Lotus Eaters

Comisario: Frederic Montornés

MP & MP
Rosado
Limbo

Comisario: Ferran Barenblit

Helena Almeida
Treballs recents

Comisario: Miguel Von Hafe Pérez

La Rambla, 7
 Tel. 93-316-28-17
 Todas las exposiciones están hasta el 5 de junio

PERE PARRAMON

La primera exposición individual en España del canadiense Marcel Dzama (Winnipeg, 1974): *Los comedores de lotos*, traducimos. Con un título así y un trabajo como el presentado en el Centre d'Art Santa Mònica de Barcelona, hay que disponerse a flipar. Sí, ha leído bien, del inglés *to flip*, usado en castellano para designar el estado derivado del consumo de drogas y, por extensión, la sensación de entusiasmo o sorpresa. Ambas acepciones son aplicables en este caso: como señala el comisario, Frederic Montornés, desde la antigüedad se asocia el lotófago a la embriaguez causada por tan curiosa ingesta; por otro lado está el cuerpo que se le queda a uno después de las sonrisitas socarronas de los personajes de Dzama.

Dibujos coloreados con acuarela y vídeos de bajo presupuesto; modestia que contrasta con una iconografía rica y extravagante, deudora de las películas de serie B, *El Bosco*, los *pulp* norteamericanos, *El Infierno* de Dante, el surrealismo, etc. Un refrito de referentes carente de distinción entre ingredientes de primera o de segunda (¡qué bien descansar del fascismo cultural y sus jerarquías!). Muchas de las figuras se organizan en frisos, pero no precisamente como los del Partenón. Allá donde avanzaban solemnes vestales, ahora desfilan cebollas voladoras y muchachas con escopeta. Otras se encaraman a árboles cuajados de rostros (arces canadienses, claro), configurando algo similar a una vieja genealogía nobiliaria, solo que sin retratos de damas rancias y sí con montones de simpáticas niñas vestidas de militar (alguna recuerda a Mariquita Pérez), espectros con sábana y todo, ahorcados, títeres listos para ser manejados, etc.

Del mismo modo que en los tratados medievales se embrollaban realidad y fantasía (elefantes y dragones, por ejemplo), en los bestiarios de Dzama jovenci-

tas con aspecto de legionarias y políticos con bigotillo y mirada maliciosa se codean con enanos verdes, gatos antropocéfalos, conejos con fusil y una pléyade de lindezas que a veces son simples disfraces: niños bajo máscara de ciervo (menudo aire al dios celta Cernunnos), adultos vestidos de árbol, oso o lobo ferroz... La atmósfera de cuento está servida. También por el estilo -trazo fino, tintas planas y colores apagados-, que hace pensar en clásicos de la ilustración de principios de siglo XX como Beatrix Potter, o cómics en la línea de *Little Nemo*, de Winsor McCay (a partir de 1905). Pero aquí hay muy poco de los hermanos Grimm y mucho de las noticias de la televisión (fíjense que la rana, tan del cuento, luce difunta panza arriba). El imaginario de Dzama, no por personal se apar-

ta del espectador. Al contrario, las inquietudes seguro que son comunes: el terrorismo y su reguero de mutilaciones y ejecuciones televisadas, la manipulación de los políticos, el desencanto con la globalización, lo absurdo, en fin, de un mundo regido por fantasmas y habitado por títeres.

El jarabe de arce, las inquietantes películas de David Cronenberg y los dibujos de Dzama nacen en un mismo lugar, Canadá. Tierra descrita por David Lynch en la serie televisiva *Twin Peaks*: ilusión de normalidad y aroma de tarta de arándanos coexistiendo con un trasfondo desasosegante y hasta horrible. Visión del mundo que Dzama comparte, aunque mediante otras formalizaciones, con Raymond Pettibon, *underground* y provocador, o Andreas Karsár y su escepticismo ante la sociedad del bienestar, por no entrar en las lúgubres muñecas de Mark Ryden o los angustiosos conejitos de Paul McCarthy. Crítica, ironía o crónica aparte, la perplejidad de Dzama ante lo que le rodea es pareja a la de los viajeros medievales, que, conscientes del poder de las imágenes (herramientas de conocimiento), llegaban a escribir "En verdad, mi lengua no puede expresar lo que han visto mis ojos" (Jourdanus Catalanus de Séverac, siglo XIV). Dzama arenga al espíritu crítico del espectador y le incita a esa revolución que defienden sus protagonistas con el puño en alto. Eso sí, endulzando el asunto a base de jarabe de arce. O de loto. |

La atmósfera de cuento está servida, pero aquí hay muy poco de los hermanos Grimm y mucho de las noticias de la televisión



04

Nazario



Nazario (1944) ha retomado los pinceles, tras una etapa más centrada en la fotografía; el resultado es de gran exuberancia: jardines blancos llenos de flores, dalias, rosas... Lo muestra la galería de Barcelona María José Castellví (Consell de Cent, 278) hasta el 14 de junio